

Javier Laviña
José Luis Ruiz-Peinado

Resistencias esclavas en las Américas



DOCE
CALLES



© de los textos: Javier Laviña y José Luis Ruiz-Peinado

© de la presente edición: Ediciones DOCE CALLES, S.L.
c/ De la Ribera, 36
28300 Aranjuez (Madrid)
Tlfo.: 902 197 501 Fax.: 91 875 41 38
e-mail: docecalles@docecalles.com

ISBN: 84-9744-049-8

Depósito legal: 84-9744-049-8

Composición y maquetación: Servicios Integrales de Edición Távara, S.L.

Impresión: Gráficas Muriel, S.A.

Encuadernación: Encuadernación Ramos, S.A.

SUMARIO

Presentación	11
--------------------	----

CAPÍTULO 1 LA AMÉRICA ESCLAVISTA

La esclavitud en América	13
Estrategias esclavistas	15
Origen de los esclavos y estrategias de los esclavistas	16
Religión y esclavitud	25
Castigo y esclavitud	29
Resistencia a la esclavitud	31
Los resistentes	36
La muerte como vida	38

CAPÍTULO 2 REBELIONES ESCLAVAS

Esclavos rebeldes	41
Los primeros conflictos	42
Negros cimarrones	49
Organización social de los palenques	54
Palenques y supervivencia	54
La religión en el palenque	55
El tambor en el palenque	57
Cimarronaje y dependencia	59

CAPÍTULO 3 LA ESCLAVITUD EN BRASIL

Las condiciones en Brasil	60
Desarrollo económico del Brasil	64

El ciclo del azúcar	66
Ciclo del ganado	70
Ciclo del oro	70
Ciclo del café	72
Procedencias africanas	73
Esclavitud y actividades económicas	76
La esclavitud urbana	81
Cultura esclava, cultura de resistencia. Batuques, candomblés	83

CAPÍTULO 4

PALMARES

El quilombo de Palmares entre África y América	89
Los europeos en África	90
La resistencia de los pueblos	98
El quilombo de Palmares	116
Desde África	116
Origen y desarrollo de Palmares desde la perspectiva de las sociedades africanas	122
Defensa y derrota de Palmares	134

CAPÍTULO 5

REBELIONES NEGRAS

Rebeliones negras	141
Simbiosis del cimarronaje y las rebeliones esclavas	146
La Balaiada	157
Revueltas bahianas	160
El islam en Bahía	161
El ciclo de revueltas entre 1807 y 1830	164
La revuelta de los «Malês»	172
FUENTES	194
BIBLIOGRAFÍA	195
ÍNDICE ONOMÁSTICO	207
ÍNDICE TOPOGRÁFICO	215

PRESENTACIÓN

Resistencias esclavas en las Américas, obra de los investigadores Javier Laviña y José Luis Ruiz-Peinado, versa sobre el tema de la rebeldía esclava, uno de los conflictos más importantes de entre los que tuvieron que enfrentar, tanto las autoridades coloniales, como los propietarios esclavistas. La rebeldía, que tomaría las más diversas formas en función del tiempo y los espacios de América, acabará desembocando en rebeliones y sublevaciones que, poco a poco, socavarán el sistema esclavista y el propio orden colonial, conduciendo a la abolición de la esclavitud.

Si bien es cierto que el fenómeno de la esclavitud no fue ni estático ni homogéneo, es imposible entender el mundo colonial sin tener en cuenta las relaciones esclavistas que se dieron en el origen de las colonias. Y aunque las condiciones y situaciones fueron divergentes, desde los esclavos de servicio que acompañaron a los conquistadores, frailes y funcionarios reales, muchos de ellos ladinos, hasta los que fueron llevados tras la abolición de la trata negrera para producir azúcar en Cuba, en todos los casos la ausencia de libertad sería el elemento que los caracterizaría.

La esclavitud en el mundo moderno se encuadra dentro del sistema capitalista de producción de bienes y servicios para el comercio mundial. La organización laboral, propia de la explotación capitalista, desarrolla formas variadas y diversas. Es en esta diversidad en la que debemos entender las modalidades de explotación colonial, y la esclavitud fue uno de los múltiples medios de obtención de plusvalías, en este caso a costa de la mano de obra esclava. El intento de regular esta variedad y de maximizar los beneficios fomentó el desarrollo de una normativa cada vez más minuciosa, de tal manera que en el siglo XVIII, en la América hispana, todas las actividades en las que participaban esclavos quedaron reglamentadas. Sin embargo, las prácticas esclavistas de la realidad fueron muy distintas a las previstas por las normas. Cosas divergentes fueron los intereses de los gobernantes y los de los propietarios esclavistas.

El esclavismo se caracterizó, en todos los tiempos y lugares de América por el uso de la violencia. Los propietarios gobernaban a sus dotaciones a golpe de látigo. Como apunta Genovese (1976), no fue posible la esclavitud sin un sistema de castigos indiscriminados que sembraran el terror y desconcertasen a quien lo recibía. El miedo era fundamental para mantener el sistema esclavista. Como cualquier contexto en el que las relaciones entre propietarios y trabajadores sean de dependencia, deben existir mecanismos que justifiquen la dominación y que induzcan en los dominados un sentimiento de inferioridad e impotencia. Por eso el uso de la violencia como factor de dominación fue indispensable. Pero frente a esto, resistiéndose a la dominación, los esclavos reaccionaron de las formas más variadas. Unas veces, amparándose en sutilezas legales, conseguían causar pérdidas a sus propietarios; otras, respondieron con la violencia a las agresiones de los propietarios; y, en algunos casos, la huida representó la forma más creativa de la resistencia. La formación de grupos de cimarrones, relativamente retirados de la influencia de las autoridades coloniales, permitió la recreación de elementos culturales que les dieron señas de identidad.

Capítulo 1

América esclavista

LA ESCLAVITUD EN AMÉRICA

Antes de la llegada a América, los castellanos tenían una experiencia esclavista puesta en marcha durante el periodo de la reconquista, sin embargo, esta forma de explotación no era la base fundamental para la producción de bienes a gran escala ni el comercio. La presencia musulmana en las costas mediterráneas activó los mercados de esclavos, que pese a su importancia no dejaron de ser elementos extraños respecto a los trabajadores libres. Sólo la expansión portuguesa y castellana por el Atlántico marcó un nuevo punto de inflexión en el sistema esclavista. Canarias y Azores se convirtieron en los abastecedores de azúcar de parte de Europa y en los centros productivos donde se reencontró el sistema esclavista por excelencia.

Cuando los castellanos, dentro de esta expansión y en la carrera por llegar a Oriente antes que los portugueses, se encontraron con el continente americano volvieron a plantear la cuestión del comercio de esclavos. Para la producción de bienes, se recurrió al trabajo de indígenas forzados o directamente esclavizados. Sin embargo, este recurso tuvo enormes limitaciones. En primer lugar, sólo fue posible usar de los indígenas en aquellas zonas donde la densidad de población y las estructuras económicas y políticas pre-coloniales permitían la extracción de beneficio de forma directa, por medio del trabajo o de forma indirecta mediante la presión tributaria. En segundo término, excepto en casos muy concretos la Corona no autorizó la esclavización de los indígenas. Pese a que el cumplimiento de las leyes no fue muy estricto y se dieron bastantes casos de esclavitud indígena, la política económica y comercial de la Corona llevó a la práctica del tráfico con África para recurrir a esclavos.

Los africanos ofrecían enormes ventajas sobre la población indígena. Desde el punto de vista social, no estaban arraigados. Estaban separados de sus grupos de origen y de su tierra, por lo que la explotación podía ser más rentable y sencilla desde el punto de vista de costes sociales. En el caso de los indígenas, en las zonas de densidad poblacional escasa y estructuras políticas tribales, los hábitos de trabajo no eran favorables para la explotación pretendida por la Corona, y las tasas de mortandad eran altas. Para grupos integrados en estructuras políticas complejas, la posibilidad del desarraigo y de la movilidad provocaba efectos contrarios a los objetivos marcados; huidas de los centros de trabajo y refugio en zonas alejadas del control de los conquistadores.

Si los primeros esclavos llegaron a las islas recién ocupadas, a partir de la llegada al continente y de la rápida expansión por los imperios indígenas la arribada de esclavos no se hizo esperar. Las capitales virreinales de México y Lima absorbieron una parte importante de mano de obra esclava, dedicada al servicio y a la producción de alimentos para las villas españolas. Las haciendas costeras productoras de coloniales e insumos para las ciudades y minas y los hatos ganaderos emplearon parte de estos nuevos trabajadores forzados; de hecho, ya desde el siglo XVI la mano de obra esclava se extendió por todo el territorio americano y se empleó en todo tipo de labores, si bien el trabajo en el campo fue la actividad más importante. Sin embargo, el plato fuerte sobre el que descansaba la economía virreinal, la minería, siguió utilizando tributarios y trabajadores libres en los grandes centros productores de México y Perú.

Las ciudades de Veracruz y Cartagena de Indias fueron los puertos más importantes de recepción de africanos, desde allí eran trasladados hacia el interior de los territorios americanos, ocupando áreas desde el norte de Nueva España hasta el Alto Perú. Las capitales virreinales de Lima, y México tuvieron un gran número de africanos ya en el primer siglo de ocupación española, de manera que un cincuenta por ciento de población negra o mulata era la tónica de las dos ciudades. El número de africanos y afroamericanos superaba el de blancos e incluso el de indígenas que vivían en la ciudad.

En las Antillas, zona donde se establecieron plantaciones azucareras desde los primeros años de la presencia española, los esclavos fueron empleados, fundamentalmente, en la agricultura y la ganadería. Esta experiencia no era nueva en el sistema colonial. Los castellanos ya habían experimentado un modelo de plantación en Canarias con resultados satisfactorios. La empresa azucarera antillana, especialmente la afincada en La Española, se

mostró claramente rentable pese al enorme riesgo que suponía la inversión de capital en el negocio azucarero. La ausencia de alternativa económica en la isla obligó a realizar esas inversiones. Los trapiches movidos por fuerza animal y los ingenios de energía hidráulica se convirtieron en concentraciones humanas y transformaron el paisaje de la zona sur de la isla. La construcción del modelo canario de plantación se desplazó al otro lado del Atlántico y evolucionó hasta convertirse en el sistema económico colonial antillano en los siglos XVII y XVIII (Florescano, pp. 493-532, 1978).

Pero junto a este inmenso aparato productivo que revolucionó los mercados de coloniales y de capitales se produjo un cambio social y demográfico de enormes y trascendentes consecuencias. La primera gran concentración de mano de obra se saldó con una gran conflictividad social. Los africanos, esclavizados, no aceptaron su condición ni el rol que los europeos les habían asignado. Las sublevaciones, las revueltas, la huida al monte y la formación de sociedades ajenas al desarrollo capitalista europeo fueron la respuesta que surgió de las dotaciones de esclavos sometidos a un sistema de violencia y degradación humana. Pero esta contra violencia no fue la única forma de resistencia. La deculturación fue sustituida por la recreación de un sistema de valores culturales ajenos a los propietarios. Se generó un imaginario colectivo popular que fue calando hasta en las élites y que ha configurado, por encima de la enorme diversidad lingüística y el mosaico de territorios independientes, unas formas culturales comunes a todo afroamérica.

ESTRATEGIAS ESCLAVISTAS

La llegada masiva de esclavos a América provocó, de nuevo, el redescubrimiento de un «otro» esta vez dedicado al trabajo. La justificación de la esclavitud se encontró en las *Partidas de Alfonso X*, pero la realidad americana superaba, con mucho, la legislación obsoleta española y pronto tuvieron que volver a dar nuevas órdenes que permitieran un mejor control de las esclavitudes. Sin embargo, los mecanismos establecidos tanto por el estado como por los propietarios, para mantener a los esclavos en el límite de la supervivencia y evitar las revueltas, crearon situaciones de enorme conflictividad que se mostraron en la oposición al sistema.

En América las leyes se dictaron durante tiempo para cada uno de los territorios intentando resolver los conflictos puntuales que se presentaban. Esta regulación y el intento de controlar y centralizar alcanzó su punto álgido con

la llegada de Carlos III; en ese momento, el racionalismo intentó controlar todos y cada uno de los detalles de la vida cotidiana de las dotaciones (Lucena, 1996). De hecho, se unificaron las distintas leyes que se habían promulgado hasta entonces y se actualizaron algunas situaciones; sin embargo, no resolvieron el problema de la esclavitud como forma de trabajo, por lo que los conflictos se sucedieron hasta el momento de la emancipación.

Leyes y realidad caminaron en paralelo sin encontrarse; los estereotipos, las justificaciones y la necesidad de producir bienes para la exportación marcaron las distancias y los enfrentamientos entre amos y esclavos. Fueron surgiendo conflictos que se resolvieron de forma violenta en las haciendas. Los esclavos se trasladaron a los montes y, allí, protegidos por la espesura forjaron lugares de paz en los palenques (Guerrero, 1998), donde se recrearon nuevos mundos, nuevas visiones y nuevos espacios de libertad que conformaron los países de América.

Las relaciones entre amos y esclavos no siempre fueron conflictivas, algunos siervos, especialmente los domésticos, se aliaban con sus amos en un esfuerzo titánico para mantener sus estatus; ciertamente, los propietarios habían logrado imponer una moral y un concepto de vida que había impregnado, al menos superficialmente, a todos los sectores de población, incluidos los grupos populares (Sweet y Nash, pp. 11-26, 1987). Sin embargo, esta aparente aceptación, que se ha visto reflejada especialmente en la literatura, nos ofrece, más bien, una imagen idílica y sesgada de la realidad esclavista. Para controlar la situación y marcar la superioridad social y racial, los propietarios generaron todo un mundo de tópicos sobre sus esclavos en un intento vano para justificar la esclavitud. Vicios y desórdenes acompañaban a los esclavos. La torpeza, tozudez, insolencia y otros defectos, se percibían como una realidad natural de los afroamericanos.

ORIGEN DE LOS ESCLAVOS Y ESTRATEGIAS DE LOS ESCLAVISTAS

El lugar de procedencia de los africanos marcó un tipo de cultura que facilitó su inserción en el sistema productivo hispánico, o bien creó una situación de rechazo que marcó la resistencia a la esclavitud. Los primeros esclavos llegados a América lo fueron en calidad de siervos al servicio de los conquistadores. Algunos participaron de forma activa en la conquista del Nuevo Mundo y recibieron como recompensa la libertad por los servicios prestados. De hecho, su actividad como auxiliares les llevaba a desarrollar todo tipo de tareas. En el caso de un esclavo que participó en la expedición

de Ursúa (Cortés Alonso, 1964) y cuando apenas les quedaban recursos lo enviaban al frente, desnudo, con la esperanza de que los indígenas, al ver un cuerpo que consideraban diabólico, se asustaran (Vázquez, 1979). Pese a que estos esclavos auxiliares de los conquistadores sufrieron vejaciones, su posición era de privilegio relativo. Esta situación, que se llegó a repetir entre los esclavos de servicio personal durante los primeros años de conquista, cambió con la presencia de nuevos contingentes de esclavos en América.

Pese a la posibilidad de obtener la libertad por servicios prestados y que algunos libertos fueron compensados por la corona con el goce de encomiendas, no fueron muchos los que por este sistema obtuvieron la libertad sin mejorar su estatus social. Algunos de estos primeros esclavos procedían de la península, especialmente de los reinos incorporados a la corona de Castilla (Cortés Alonso, 1964; Cortés López, 1986; Franco, 1979; Martín Casares, 2000). La política inicial de los reyes fue propiciar la salida de estos siervos. Sin embargo, los problemas no se hicieron esperar. Los esclavos ladinos se negaron a aceptar las condiciones impuestas en la nueva situación y provocaron problemas en las zonas de conquista.

La demanda de mano de obra reabrió los mercados mediterráneos, y los esclavistas se lanzaron tanto sobre los reinos de Valencia y Baleares como por el norte de África. Beréberes y moriscos fueron llevados a América para satisfacer la demanda de mano de obra. La experiencia de Canarias, desde donde se dirigían expediciones a las costas africanas para proveerse de mano de obra, sirvió de base experimental para aportar modelos productivos a las tierras americanas (Lobo Cabrera, 1982). De hecho, el sistema que los castellanos emplearon en la conquista de Canarias se aplicó a la conquista de las Antillas (Cara, Vizuite, pp. 81-92, 1993). El esquema ideológico de conquista fue el mismo y el sistema económico no difirió mucho. La economía de plantación creado en las Canarias castellanas se exportó a las islas caribeñas donde se desarrolló de manera imparable hasta convertirse en colonias de producción exclusiva de coloniales.

Para conseguir mano de obra se recurrió, en primer lugar, a las racias por algunas de las islas no ocupadas. Ya en 1503 se autorizó la captura de luca-yos para trasladarlos a los lavaderos de oro de La Española. Sin embargo, la crisis demográfica provocada por la explotación, el trabajo, el hambre y las enfermedades hizo que se tuviera que recurrir a fuentes alternativas de mano de obra.

Tanto en la península ibérica como en el norte de África había recursos suficientes como para garantizar la rentabilidad de la presencia española en

América, pese a que la esclavitud era sólo una forma subsidiaria de las economías peninsulares. Pero tanto los esclavos de procedencia peninsular como norteafricanos presentaban un problema adicional a la condición servil, el islamismo. Una parte considerable de estos esclavos eran musulmanes. La Corona había prohibido la presencia de musulmanes y judíos en el Nuevo Mundo para evitar la competencia de las otras religiones monoteístas no cristianas que pudieran entorpecer la función evangelizadora y que cuestionasen la verdad excluyente y exclusiva de la Iglesia, que había legitimado la presencia de los castellanos y portugueses. Los impedimentos puestos por la Corona al comercio de moriscos y berberiscos y la experiencia portuguesa en las costas subsaharianas llevaron al cambio de mercados de abastecimiento de mano de obra. Ante la avalancha, relativamente importante, de estos repobladores, la Corona intervino prohibiendo el envío de estos hombres a América y ordenando el regreso de musulmanes a España. La efectividad del cumplimiento de la ley fue relativa, al menos por lo que se desprende de su reiteración; si las leyes se repetían durante algún tiempo quería decir que su efectividad era baja, ya que de otra manera la real orden de expulsión de América de los esclavos islamizados no se hubiera repetido con tanta insistencia (Encinas, 1946). La Corona, que no había puesto pegas en Canarias para la incorporación de esclavos musulmanes (Lobo Cabrera, 1982), no quiso que la experiencia se trasladara América.

En las costas de África, controladas por los portugueses, se fundaron asentamientos y factorías donde los esclavos eran almacenados en espera de los buques que les transportaran a América (Capela, 1974). Esta presencia distorsionó el panorama político y social africano. Los estados que se habían formado en las centurias anteriores se fueron debilitando hasta convertirse en réplicas caricaturizadas de sus antiguos esplendores. Las monarquías iban perdiendo prestigio entre los súbditos y las confederaciones debilitaron con la presencia europea. Los pueblos de la costa, por su parte, fueron tomando poder sobre la base del comercio y en especial por las armas de fuego que les suministraban los europeos. Los estados no pudieron resistir la presión de la demanda europea de mano de obra. Cuajaron las rivalidades sembradas entre los pueblos africanos para poder utilizar las divergencias y facilitar la acumulación de prisioneros en las factorías europeas.

A la hora de establecer los orígenes de los cautivos africanos los autores se encuentran con una dificultad añadida, y es que, en algunos casos, los esclavos eran asignados como originarios del puerto de embarque, con lo que algunos de los vendidos como Minas correspondían a esclavos embarcados

en la factoría portuguesa de El Mina y no necesariamente procedentes de la zona. Las incursiones en busca de esclavos llevadas a cabo por las gentes de la costa hacia el interior pudieron originar una variedad étnica considerable entre las esclavitudes. Otra cuestión diferente, pero que afecta a las interpretaciones que se puedan hacer respecto al origen de los esclavos, se plantea desde la lingüística (Granda, pp. 1-16, 1988). Si los grupos étnicos eran varios, no fueron así los grupos lingüísticos, más reducidos en cuanto a la raíz de origen pero más amplios desde el punto de vista territorial africano. El grupo más numeroso de los esclavos transportados a América fue, de acuerdo con la lingüística, el bantú (Granda, 1977; Friedemann y Patiña, 1983; Tardieu, pp. 627-637; 1993. Schwegler, 1996).

Los propietarios buscaban aplicar una política de diversificación de los orígenes de la mano de obra y así mantener diferencias y enfrentamientos entre los esclavos; con esta práctica pretendían evitar conflictos sociales que pusieran en peligro la producción y la seguridad de las colonias. Sin embargo, la diversidad de orígenes de los esclavos fue relativa (Fleischmann, pp. 11-34, 1993; Tardieu, pp. 627-637, 1993; Vila Vilar, 1987). Los amos dependían de un mercado internacional para abastecerse de mano de obra y, por las relaciones de África con Europa, los centros a los que recurrir fueron relativamente limitados y quedaban circunscritos a las posibilidades de abastecimiento de los aliados africanos de la zona de influencia de las factorías. Por otro lado, se daba la circunstancia de que los propietarios, al cabo de unos años, adquirirían una experiencia en el trato con los esclavos y establecían unos estereotipos que les guiaban a la hora de procurarse siervos de una u otra región de África. De hecho no había ninguna razón objetiva para preferir esclavos en función de la zona; algunos de los que eran rechazados por los colonos españoles por dados a vicios gozaban, al contrario, de fama de buenos trabajadores entre los colonos de otras potencias.

Una de las estrategias de los españoles fue, como ya se ha apuntado, la diversificación de la procedencia de los africanos. Con este mecanismo se pretendía evitar la presencia numerosa de esclavos del mismo grupo cultural que pudieran mantener una fuerte cohesión interna y ofrecer resistencia organizada a la esclavitud. La estrategia de dispersión fue de una eficacia relativa, en primer lugar, por la relativa y limitada disponibilidad de centros de abastecimiento de tal manera que los esclavos provenían casi de una misma área cultural. En segundo lugar, porque los estereotipos creados sobre los esclavos hacían que los compradores se inclinaran por africanos de determinadas etnias.

personas, robar las armas existentes y amedrentar a las poblaciones vecinas, se refugiaron en varios quilombos que ya existían desde hacía tiempo. La gran cantidad de levantamientos y acciones armadas de los quilombos hicieron que las autoridades de la época comenzaran a temer una insurrección generalizada de esclavos apoyada por cimarrones (Santos, p. 88, 1983; Assunção, pp. 442-444, 1996).

Antes de que se iniciara la Balaiada ya existía un conflicto abierto entre los esclavos y cimarrones, por un lado, y los propietarios de los primeros y las autoridades por el otro. Por eso, cuando explotó el descontento popular, el Presidente de la provincia, Manuel Felizardo de Sousa e Melo, declaró lo siguiente:

(...) o que é terrível é o contágio do mau exemplo sobre os outros escravos, e a junção dos insurgentes com os rebeldes, e isto é o que me empenharei a prevenir a todo custo.¹⁸

La Balaiada, entendida como una revuelta esclava y cimarrona, combinada con el alzamiento de los sectores más desfavorecidos de la población de Maranhão, llegó a constituir una gran fuerza, capaz de poner en jaque la existencia de las oligarquías y de las autoridades de la provincia. Como afirma el alcalde de Parnaíba en un oficio:

Estes novos malvados tem hoje feito liga com os antigos, quero dizer com os Rebeldes, de que até aqui vivião separados, e fazem assim hum corpo não pouco respeitável¹⁹.

En 1840, tras la derrota de los Balaios en el Piauí, las autoridades estuvieron seriamente preocupadas por la posible alianza de éstos y los quilombolas. Luis Alves de Lima, el encargado de acabar con los sublevados, hizo hincapié en el peligro de tal alianza:

Raimundo Gomes [líder de los balaios] que até aqui, como para canhonestar seu procedimento, basofiava não querer ligar-se aos negros sublevados, hoje falto de recursos, e sempre batido, procura chamal-os a si, e todo o meu empenho é impedir a junção

¹⁸ NdT. «...lo que es terrible es el contagio del mal ejemplo sobre los demás esclavos, y la unión de los insurgentes con los rebeldes, y esto es lo que me empeñaré en prevenir a toda costa». (Citado en Röhrig Assunção, pp. 444-445, 1996).

¹⁹ NdT. «Estos nuevos malvados están hoy ligados con los antiguos, es decir con los Rebeldes, de quienes hasta aquí vivían separados, y forman así un cuerpo no poco respetable». (Citado en Santos, p. 93, 1983).

com os aquilombados na Miritiba, que paixão de mil, e já por vezes tem elle sublevado muitos escravos de diversas fazendas²⁰.

Uno de sus principales dirigentes fue el negro liberto Cosme Bento das Chagas. Éste levantó a los esclavos de varios ingenios en Itapecuru-Mirim. Junto con otros esclavos evadidos y con la ayuda de cimarrones, formó una tropa rebelde de unos 3.000 negros que se establecieron en la hacienda de Lagoa Amarela, donde se formó un gran quilombo. Cosme Bento se proclamó «Tutor y Emperador de la Libertad» y atrajo a los esclavos dándoles la carta de manumisión. Conocedor de la escritura, impulsó la creación de una escuela en el quilombo, desde la cual grupos de rebeldes atacaban e insurreccionaban las haciendas de la región (Santos, p. 99, 1983).

En varios momentos, los rebeldes se hicieron con el poder de localidades importantes y su lucha se extendió hacia el Piauí. En 1839 ocuparon la ciudad de Caxias, que era el mayor centro comercial del sertón de Maranhão, donde instalaron la Junta Provisional y el Consejo Militar. No obstante, en ningún momento los líderes blancos de la revuelta se cuestionaron la abolición de la esclavitud ni entraron a discutir la suerte de los esclavos, ya que la Balaiada estaba impregnada de la ideología de la sociedad esclavista que la produjo (Santos, p. 90, 1983).

El contraataque de las fuerzas gubernamentales, que contaban con el apoyo de hacendados y comerciantes, y el fin de las disputas entre las élites políticas de la provincia, hizo que la suerte de los rebeldes cambiara de curso. Tras la reconquista de los principales enclaves que éstos habían ocupado, se dividieron en grupos que se dispersaron por todo el territorio. Muchos de los líderes del movimiento se fueron entregando a las autoridades a cambio de un armisticio en 1840. Los que optaron por seguir en la lucha tuvieron que integrarse en los quilombos y grupos rebeldes formados en su mayoría por negros esclavos. Esto provocó una radicalización de la revuelta, que apareció a los ojos de los hacendados y las autoridades como el mayor peligro al que nunca antes habían tenido que enfrentarse.

Muchos balaios se acogieron a la amnistía decretada por el gobierno imperial, que los obligaba a combatir a sus antiguos compañeros de lucha.

²⁰ «Raimundo Gomes [líder de los balaios] que hasta aquí, como para cohonestar su procedimiento, se ufanaba de no querer ligarse a los negros sublevados, hoy fallo de recursos, y siempre batido, procura llamarles a sí, y todo mi empeño es el de impedir la unión con los habitantes del poblado de Miritiba, que pasan de mil, y ya por veces ha sublevado él muchos esclavos de diversas haciendas». (Citado en Santos, p. 93, 1983).

Para estos últimos, la situación se volvió cada vez más difícil, ya que no sólo tenían que hacer frente a las tropas oficiales, sino también a los que habían combatido a su lado y conocían perfectamente su territorio, sus estrategias de lucha, y los lugares de abastecimiento y refugio.

Finalmente, Cosme Bentos fue apresado en 1841, junto con doscientos compañeros más, cuando buscaba refugio entre la población indígena del Alto Grajaú. Muchos de ellos murieron durante la batalla. En 1842, fueron juzgados y sentenciado de muerte por haber sido el responsable de la insurrección de los negros y por haber cometido asesinatos, aunque no por rebelde ni por aliado de los balaios. Ese mismo año fue ejecutado (Santos, pp. 101-102, 1983).

REVUELTAS BAHIANAS

Entre 1807 y 1835 se produjeron en Bahía más de dos docenas de revueltas y levantamientos, en los que participaron hombres y mujeres de condición esclava y liberta. Los alzamientos tuvieron lugar tanto en las plantaciones del interior de la provincia, especialmente en la zona del Recôncavo, donde se concentraban las grandes haciendas y plantaciones, como en la propia capital, Salvador de Bahía. Los movimientos rebeldes llegaron a poner en peligro el centro de poder y las residencias de la mayoría de los que lo ostentaban, así como a la nutrida colonia extranjera blanca que residía y tenía sus negocios en la provincia.

A principios del siglo XIX, la mayoría de la población bahiana estaba compuesta por gentes de condición esclava y liberta de origen africano y criollo. Se calcula que en 1835 había en Salvador de Bahía 27.500 individuos esclavos (42% de la población) y 38.000 libres y libertos (58% de la población). Los bahianos de «color» (cualquier individuo con ascendencia africana, ya fueran libres de nacimiento o ex-esclavos, sumaban un total de 19.500 (29,8%). Por tanto, el conjunto de población de ascendencia africana, (negra o mestiza, libre o esclava) constituía una clara mayoría: el 71,8% del total (Reis, pp. 16-17, 1987).

La mayoría de los esclavos procedía de la costa occidental de África, del Golfo de Benín, «Nas ruas e bairros onde os africanos e creoulos predominavam ainda em 1875 ouvia-se mais frequentemente falar o nagô que o português. Ha quem afirme mesmo que em qualquer parte da cidade tal se

observava»²¹, región donde la religión musulmana tenía un fuerte arraigo. La combinación de ambos factores: origen y religión comunes, constituyó una importante fuente de vínculos de solidaridad sobre los que se desarrollaría la lucha contra la esclavitud.

EL ISLAM EN BAHÍA

Os navios negreiros, utilizados no trafico dos escravos, importaram, da costa occidental do Continente Negro, chusmas de mahometanos, e as distribuíram entre as tres inclitas metropoles do antigo Brazil: Bahía, Rio de Janeiro e Pernambuco²². (Brazil, p. 73, 1910).

El prestigio del Islam entre la población negra de Bahía no estaba restringido a sus adeptos y adeptas. Por un lado, dicho prestigio estaba avalado por la fuerza expansiva del mismo dentro del continente africano y su capacidad de aglutinar grupos muy diferentes bajo una misma cosmovisión y una única fe. A este respecto, es necesario remarcar que el Islam que se propagó a través de las rutas subsaharianas fue notablemente «africanizado»²³. La nueva fe sólo pudo abrirse paso a través de la integración de numerosos elementos «animistas» y su afianzamiento debe mucho a las importantes redes comerciales, militares y de prestigio preexistentes.

Por otro lado, como ya sucedía en África, los textos coránicos se utilizaron en Brasil como símbolos mágicos que permitían poseer poderes sobrenaturales. Entre los poderes mágicos que utilizaron los «alufas» (autoridades religiosas) musulmanes en tierras brasileñas figura la fabricación de amuletos protectores o «gri-gris», introducidos por los esclavos originarios del África occidental y adoptados por sus compañeros y compañeras de cautiverio, pertenecientes a otras etnias y religiones.

²¹ NdT. «En las calles y barrios en donde los africanos y criollos predominaban todavía en 1875 se escuchaba con más frecuencia hablar el nagô que el portugués. Hay incluso quienes afirman que en cualquier parte de la ciudad tal se observaba». (APEBa, p. 306, 1946).

²² NdT. «Los barcos negreros utilizados en el tráfico de esclavos, importaron de la Costa Occidental del continente negro, chusma mahometana, y la distribuyeron en las tres ínclitas ciudades del antiguo Brasil; Bahía, Río de Janeiro y Pernambuco». (Brazil, p. 73, 1910).

²³ De hecho, hoy en día la población musulmana subsahariana es percibida con cierta desconfianza por algunas ramas religiosas árabes. Éstos consideran que la religión que se profesa en aquellas zonas está excesivamente influenciada por prácticas mágico-rituales alejadas de los preceptos del Islam ortodoxo y que mantienen estructuras y pautas sociales, como el papel de la mujer y las redes de parentesco basadas en la filiación materna, alejadas igualmente de la ortodoxia.

En África occidental los gri-gris aún se emplean en el presente, en una amplia región que va desde el área cultural Adja-Fon de Benín, cuyo universo religioso es el vudú²⁴, hasta el Sahel, donde predomina el Islam (Koussu, p. 86, 1983). En la primera de estas zonas los «kpamegan», maestros que poseen los poderes mágicos, están encargados tanto de la farmacopea como de la elaboración de los amuletos. En el África Occidental su confección recae en los «marabutos» o «morabitos», término que incluye tanto a los «ulemas» (doctores coránicos) como a los jefes religiosos autóctonos.

Los gri-gris son descritos de la siguiente manera por un autor del siglo pasado:

Es notable y digno de llamar la atención el elemento de la fe mahometana que sale al encuentro de la superstición y que se ha extendido rápidamente [...] Algunos llevan bolsillos de cuero con algunos preceptos del Alcorán [Corán] que junto con los cuernecitos mágicos se cuelgan del cuello. Además abundan aún entre los jolloffes [etnia wolof] cristianos los fetiches llamados grigris en forma de collares, brazaletes ó anillos para los pies, versos del Alcorán, dientes de tiburón ó de chacal, huesos y maderas. Por regla general, estos objetos los llevan metidos en una caja de metal. (Ratzel, p. 376, 1888).

Los amuletos protectores también fueron empleados en otras regiones americanas por la población africana y su descendencia, fuera o no de religión musulmana. Esteban Montejo, el último cimarrón conocido en Cuba, utilizaba este tipo de amuleto como protección:

Los congos usaban muchos tipos de resguardos. Un palito cualquiera o un hueso podían ser buenos resguardos. Yo usé algunos estando en Ariosá. En la guerra también. Llevaba uno que me ayudó mucho. Nunca me mataron gracias a él. Me hirieron una sola vez, pero fue un muslo y se me curó con alcanfor. El mejor de los resguardos se hace con piedrecitas. Rellenando una bolsa con cuero fino y colgándosela del pescuezo, basta. Lo que no se puede hacer es abandonarla. (Barnet, p. 128, 1980).

Este tipo de amuletos sigue utilizándose actualmente en las comunidades de descendientes de cimarrones de la región del Trombetas. Allí se los denomina breves, y se colocan alrededor del cuello de los recién nacidos, así como de las personas enfermas. Tiempo atrás también podían llevarse atados al brazo o a la cintura, e incluían oraciones «mágicas» escritas y/o

²⁴ El término vudú corresponde en África al universo religioso de la cultura Fon, en Benín, y en América, a las prácticas religiosas predominantes en Haití, el estado de Maranhão en Brasil y otras áreas del continente.